

ORACIÓN

Señor Jesús resucitado, envíanos tu Espíritu que nos lleve a la verdad completa acerca de Ti y acerca de nosotros mismos.

A la verdad completa sobre el sentido de tu vida y de tu muerte.

A la verdad completa sobre el sentido de nuestras vidas, sobre el valor de lo que ponemos, de lo que gozamos, de lo que sufrimos. Porque queremos:

- amar Contigo como Tú supiste amar,
- gozar Contigo cuando toque gozar,
- sufrir Contigo cuando nos toque sufrir. AMEN.

TEXTO

LUCAS 11,1-13

«11¹Y sucedió que, al estar **él orando** en un lugar, cuando terminó, **uno de sus discípulos** le dijo: “**Señor**, enséñanos a **orar**, como también Juan enseñó a sus discípulos”.

²Pero les dijo: “Cuando **oréis**, decid: ‘**Padre**, sea santificado **tu** nombre, venga **tu** Reino; ³**danos** cada día **nuestro** pan esencial; ⁴y **perdónanos** **nuestros** pecados, porque también **perdonamos** a todo el que es **nuestro** deudor; y no **nos** introduzcas en tentación”.

⁵Y les dijo: “¿Quién **entre vosotros** tendrá *un amigo* y vendrá a él a mitad de la noche y le dice: ‘*Amigo*, préstame tres panes, ⁶porque *mi amigo* en camino ha llegado a mí y no tengo nada para servirle’.

⁷Y aquel, desde dentro, respondiendo diga: ‘¡No me molestes! Ya está cerrada la puerta y mis niños están en la cama conmigo. No puedo levantarme y darte’.

⁸**Os** digo: Aunque no se levante ni le dé [nada] por ser *su amigo*, a causa de su fastidio, despertado, le dará todo cuanto necesita. ⁹Y **yo os** digo: Pedid y **os** será dado; buscad y encontraréis; llamad y se **os** abrirá.

¹⁰Porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra y al que llama se le abre.

¹¹Pero ¿a qué padre de **entre vosotros**, al que su hijo pida un pez, le pasará acaso en lugar de un pez una serpiente? ¹²¿O al que le pida un huevo, acaso le pasará un escorpión?

¹³Así que, si **vosotros**, siendo malos, sabéis dar buenos dones a **vuestros** hijos, ¡cuánto más **el Padre, el del cielo**, dará el **Espíritu santo** a los que le pidan!”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (11,1-4)

- El Padrenuestro nos pertenece y se nos escapa. Todos lo sabemos de memoria, pero nos sigue resultando extraño por sus enigmas, sus reinterpretaciones, su empleo y hasta por su desgaste. Seguirlo en el evangelio de Lucas nos mueve al análisis, ya que la piedad y la liturgia han conservado la versión mateana (Mt 6,9-13). Sin olvidar que es peligroso «explicar» una oración. En la plegaria se constata y se espera, se confía y se implora, mediante la invocación y la confesión de fe. El Padrenuestro habla de Dios para hablar mejor de la condición humana.

- V. 1: El evangelista subraya la vida espiritual del maestro (rezaba al Padre no hacía mucho tiempo: 10,21-22) y prepara así el tema de la conversación. La doble mención de los «discípulos» y del verbo «enseñar» marca la perícopa: ¿qué otra cosa puede ser sino una enseñanza sobre la oración (el verbo «orar, rezar» aparece tres veces en los vv. 1-2a)? De suyo la oración no era entonces tan lógica: las Escrituras judías no contienen consignas sobre ello. Como la piedad personal se había desarrollado con la conciencia individual, los rabinos se mostraron atentos a ella. Instruían a sus discípulos, como lo hace Mateo, en las tres obras de piedad: la oración, la limosna y el ayuno. Lucas acude al ejemplo de Juan Bautista. La oración que va a enseñar convendrá bien al discípulo y a la comunidad: las palabras «cuando recéis, decid» (v. 2a) son una invitación dirigida a cada uno en particular y a todos los que se unen en una celebración. Este será, desde sus orígenes, el doble uso del Padrenuestro.
- V. 2a: «Padre»: el exegeta vacila antes de interpretar esta palabra. El psicoanálisis ha dicho muchas cosas sobre la imagen del padre. La teología feminista ha puesto en guardia ante el carácter patriarcal de un Dios Padre. Los exegetas han reconstruido una historia de la paternidad de Dios. El AT compara a veces a Dios con un padre, pero lo designa raras veces como Padre. En esos casos, es el padre del pueblo o del rey, pero no del individuo. En ese término, la autoridad del padre es por lo menos tan fuerte como su afecto. Esta reserva de los autores sagrados se debe quizás a la necesidad de diferenciarse de las religiones circundantes, en donde la paternidad de los dioses sacralizaba ciertas realidades humanas. Detrás del vocativo *pater* hay que leer el arameo *'abba*. Característica de la piedad de Jesús, esta invocación se convirtió en patrimonio común. Jesús escogió la apelación *'abba* para su invocación personal de Dios (10,21; Mc 14,36 // Lc 22,42) y para proponer su uso a los discípulos (aquí 11,2). El Dios de Jesús ama no solamente al conjunto del pueblo, sino a cada uno de sus miembros, hombre o mujer. Este *cariño personalizado* es típico de la enseñanza de Cristo y pasó a serlo en el NT.
La realidad de Dios, a quien se llama Padre debido a unos imperativos históricos y culturales de los que no escapó la Biblia, incluye también todo lo que es una madre para sus hijos y todo lo que una mujer puede dar. Como el ser humano está hecho a imagen de Dios, la especificidad femenina refleja una realidad divina y expresa un don del cielo. La manera global, holística, que tiene la mujer de captar el mundo y de amar a su pareja, su forma intelectual y afectiva de aproximarse a la realidad, su atención simultánea a los detalles y a la estructura del conjunto, son algo suyo. Sin embargo, se las debe a Dios. Lo mismo ocurre con su perseverancia, con su coraje a través del sufrimiento, con su arte de dominar el nacimiento y la muerte. Parafraseando la Epístola a los efesios (Ef 3,14-15), toda maternidad y toda feminidad tienen su origen en Dios.
- V. 2b: El «nombre» no es una palabra humana, sino que, en la tradición bíblica, es la realidad misma de Dios. Con la precisión de que se trata de *Dios en su comunicación con lo exterior*. La primera petición pide que sea finalmente reconocida esta manifestación. El hecho de que se utilice un imperativo señala que existe *el anhelo y la esperanza*. El que se trate de un imperativo pasivo implica que este reconocimiento tiene que activarse. Primero, por el mismo Dios a quien se le dirige la petición; luego, por las mediaciones que él determine. Esta petición puede, a los ojos de Lucas, recibir ya desde ahora algunas anticipaciones; en el rezo mismo del Padrenuestro se santifica el nombre de Dios. El encuentro entre el creyente y su Padre cumple este imperativo: decir «santificado sea tu nombre» es, por tanto, entrar en el juego de Dios y vincularse a la figura que toma este nombre en la historia y en la vida, pero también al final de la vida y al final de la historia.
Santificar es «hacer santo», «poner aparte para la divinidad». En el AT, los israelitas tienen que santificar el nombre de Dios (Is 29,23), es decir, respetar la divinidad de Dios frente a los ultrajes de la idolatría (Lev 18,21; 20,3) y del pecado (Lev 21,6; 22,2.32). Tienen que engrandecerlo y glorificarlo. Dios mismo vela por el respeto que se le debe. Él es en definitiva el único que puede de verdad «santificar su nombre». Y lo hace, no condenando, sino salvando a su pueblo. De esta manera evita también ser despreciado, ya que un pueblo derrotado significaría la derrota de aquel que lo había constituido. Al hablar de «tú», la primera parte del Padrenuestro se ocupa, por consiguiente, también de «nosotros». Y por nuestra parte santificaremos el nombre de Dios no solo por la oración, sino también por la práctica.

Práctica cultural, pero sobre todo práctica existencial y social. Is 5,16 afirma que el Dios santo es santificado en la justicia. La santidad resulta también entonces que está cerca de lo profano y del mundo.

El «reino de Dios» tiene una magnitud que ya conocemos. Ya sabemos que esta realidad está en el corazón de la predicación de Jesús (Lc 4,43; 8,1; 9,11) y de sus discípulos (9,2). La presencia de Jesús ha acercado este Reino (4,16-20 sin la expresión) y lo mismo ocurre cuando Dios facilita la misión de los discípulos (10,9.11). *La inminencia* no es ya para Lucas la característica principal de ese Reino; lo que cuenta es la realización del designio de Dios. El Reino está ya presente parcialmente (8,4-10), anticipadamente (17,20-21), misteriosamente (8,10). Es objeto de una proclamación que es una buena nueva, ya que no es condenación, sino restablecimiento del derecho y liberación de los oprimidos. Sin embargo, en su visibilidad y en su poder el reino de Dios todavía está ausente: es objeto de anhelo (Hch 1,68), de esperanza (Lc 21,31) y de oración (aquí 11,2). Esta *connotación escatológica* resulta aquí decisiva: Jesús compromete a sus discípulos a que inviten a Dios para que venga a establecer con gloria su Reino tan deseado. Pide también que desde ahora la vida corriente, banal o dolorosa, se coloque bajo el poder de ese Rey paternal.

- V. 3: He aquí la primera petición en «nosotros». Se refiere al «pan», una palabra que en la tradición bíblica designa también el alimento en sentido amplio. Compartir el pan es compartir una comida, comer en la misma mesa. Mientras que Mateo centra la petición en el hoy inmediato, Lucas piensa en la duración de la vida y utiliza una fórmula que invita a Dios a la *fidelidad cotidiana*. Hemos visto ya una misma modificación a propósito de la cruz que hay que llevar: Lucas habría añadido «cada día» (9,23) a la sentencia tradicional (Mc 8,34). Atestiguaba de este modo su conciencia de una vida duradera para los fieles y para la Iglesia, expresaba su vigilancia ética y su esperanza de perseverar.

La petición es interesada, pero en un sentido positivo. ¿No tienen las criaturas derecho a la vida, desde el momento en que el Creador se la ha otorgado? ¿No vela el Padre por el bienestar de sus hijos? Los creyentes, regenerados en la alianza (el «nosotros» eclesial), ¿no tienen razón al invocar la fidelidad de aquel que los ha salvado? Por otra parte, el pan no es considerado aquí como el fruto del trabajo humano. Es un don («da»), un milagro que viene de arriba. Es una convicción antigua que el Padrenuestro presupone e impone: el Dios de Israel alimenta a su pueblo desde que lo creó. En forma narrativa, Ex 16 ofrece una *teología de la vida cotidiana*: los creyentes caminan en una marcha comunitaria; el Dios en quien confían les asegura lo necesario. Ese don es suficiente y proporcionado a las necesidades de cada uno. Toda falta de confianza, todo miedo por el mañana que se exprese en una capitalización o acumulación (de bienes) abusiva, desembocará en una situación funesta, consecuencia de sus dudas y castigo de Dios. La vida armoniosa del pueblo es una manera de dar gloria a Dios, de santificar su nombre. Un pasaje del libro de los Proverbios confirma y precisa esta reflexión teológica. El autor dirige a Dios una doble petición: que el Señor aleje de él la deshonra y que le conceda una parte justa de alimento (Prov 30,7-8). Pide que esta porción, condición de supervivencia y correspondencia de su fe, sea suficiente, sin ser excesiva. En efecto, la abundancia conduciría al creyente a abandonar a Dios y la escasez lo incitaría al robo (Prov 30,9). El autor sitúa admirablemente lo económico, lo ético y lo teológico en relación, y la solución que propone coincide con el proyecto que realizó Dios durante el éxodo.

Hemos de ver en el Padrenuestro una petición análoga: que los fieles tengan lo suficiente, que no corran el peligro de hundirse ni en la riqueza que les haría olvidarse de Dios, ni en la delincuencia que atentaría contra el mismo nombre del Eterno (véase la primera petición del Padrenuestro). La expresión hebrea para esta parte justa es literalmente «el pan de mi prescripción», es decir, el pan cuya cantidad y límite ha fijado Dios para mí, según su designio y en previsión de mis necesidades. Es la parte que me conviene y que me importa. ¿No estamos aquí muy cerca del «pan para cada día» del Padrenuestro?

Pero ¿de qué pan se trata? El enigma del adjetivo *epiousios* no facilita la respuesta. En un papiro del siglo V, sustantivado en forma neutra, parece significar la porción de cada día. Las versiones antiguas siríacas lo traducen como «con el que se puede contar», «seguro». Las veterolatinas por «cotidiano». San Jerónimo mantiene el «cotidiano». El santo nos ofrece además una preciosa información: indica que el

Evangelio de los hebreos conocía una forma aramea de la petición que pedía el pan «del mañana», literalmente «para mañana».

Las interpretaciones dependen de *dos etimologías posibles* y podemos clasificarlas en dos grandes grupos: a) el pan del día que viene; en ese caso el pan es material; b) el pan esencial, bien sea el indispensable para nuestra vida, o bien el conforme con la naturaleza divina, el sobrenatural, siendo entonces la perspectiva sacramental; en ese caso el pan es espiritual. No es fácil zanjar la discusión. Da la impresión de que esta petición se inscribe en la tradición del maná: el pueblo de Dios pide su alimento que, divino en su origen, alimenta sin embargo los estómagos tanto como los corazones. Se conjugan lo material y lo espiritual.

- V. 4: Las tres peticiones en «nosotros» están coordinadas por «y». Forman de este modo un bloque relativo a la vida personal y comunitaria. En esta vida, es a Dios a quien se pide que actúe como creador (para el alimento terreno) y como redentor (para el alimento celestial). También el perdón proviene de Dios en cuanto redentor. En vez del juicio final, los cristianos, invitados como están por el mismo Jesús, se atreven a implorar la absolución final. Mateo habla de las «deudas». Lucas, que no se olvidará de esta imagen una línea más abajo («a todo el que es nuestro deudor»), prefiere la palabra «pecado», literalmente la «falta». En el sentido de «falta», evoca las ocasiones fallidas, los objetivos sin alcanzar, las lagunas y los defectos. En plural, evoca una existencia culpable de una multitud de violaciones de los dos mandamientos citados en el capítulo anterior (10,25-28). Lucas mira nuestras vidas sin complacencia. La segunda parte de la petición utiliza una comparación entre el obrar de Dios y el nuestro. Jesús sigue esperando como respuesta una práctica propia de regenerados. No un *do ut des*, sino una irradiación. El que es amado deja que desborde su amor. Es lo que ocurre, según Lucas, con los perdonados. El *porque* acerca la formulación de Lucas a la de Mateo: evoca un compromiso de los que rezan el Padrenuestro. Nosotros como Dios, Dios como nosotros, perdonamos al que se arrepiente. La petición se dirige a Dios, pero presupone una actitud interior que se vuelve hacia el Padre y que -¡en el presente!- restablece la relación con los demás.
- Para explicar el Padrenuestro hay que saber rezar. Y lo que el maestro hacía rezar como plegaria no era *más que lo esencial de la fe hebrea*. Un Dios cariñoso, cercano a su pueblo, preocupado del destino terrenal de sus elegidos, atento a alimentarlo sin hartarlo, dispuesto a perdonarle y a ponerlo de nuevo en marcha hacia la tierra prometida. Un Dios de la vida, en donde se confunden la experiencia espiritual y la exigencia material. Frente a ese Padre, no ya una humanidad masiva, sino un pueblo compuesto de hijos, todos ellos diferentes y cada uno de un valor inestimable. Personas frágiles y confiadas, probadas y solidarias. Seres de carne y hueso, sedientos de Dios.
Oración que establece relaciones, el Padrenuestro pone a Dios en primera fila; pero al glorificar su nombre o su Reino, busca la felicidad del pueblo y de cada uno de sus hijos. Simétricamente, al suplicar el pan o el perdón, es el honor de Dios el que está en juego a través de la dignidad humana.
Oración elemental, centrada en lo esencial, el Padrenuestro no suplanta a las demás oraciones. Curiosamente, ignora la acción de gracias y la intercesión. Representa, pues, un complemento y no un sustitutivo de los Salmos.

SEGUNDA UNIDAD (11,5-13)

- Vv. 5-6: Hay varias sentencias de Jesús que empiezan de este modo: «¿Quién entre vosotros?». Es una manera de interpelar al oyente, de decirle: «¡Poneos en esa situación!». Corresponde a un: «Imaginaos que le decís». El código de la amistad es bien claro; os dirigís a un amigo; molestáis a vuestro amigo que está durmiendo; naturalmente también vosotros sois amigos suyos; os atrevéis a despertarle, porque habéis recibido a media noche la visita de otro amigo. La amistad tiene sus reglas, sus obligaciones, sus exigencias. La amistad os permite dar este paso (¡lo mismo que le permitió al que llegó intempestivamente molestarte a ti!). Os obliga también a acoger al visitante. Aquí se conjugan los deberes de la amistad con las leyes de la hospitalidad.

- V. 7: La hora es importante. Es la de los ladrones, más que la de las visitas; la del miedo más que la del gozo; aquí se convierte en la hora de la confianza y del coraje, en la hora de la prueba de la amistad. Esta prueba, por la que el amigo viajero os hace pasar, es la que ahora os toca a vosotros hacer pasar a vuestro amigo que está ya durmiendo. Suponed que ese personaje pronuncia las palabras que se imagina Jesús: ¿No es comprensible una reacción semejante? Es la hora de descansar y nadie quiere jaleos. Si tenéis que despertar al que duerme para pedirle que os preste tres panes, puede ser que os lo niegue. Al menos en un primer momento. Estamos en el nivel del decir. Pero en el nivel del hacer, os hará caso finalmente. Es lo que afirma Jesús en el v. 8.
- Pero antes unas explicaciones de detalle: La casa es una casa sencilla, formada quizás de una sola pieza grande con varios rincones para las diversas actividades de la vida; en todo caso, con una sola puerta cerrada con una barra desde dentro. El pequeño «ya» es una nueva expresión de mal humor y de mala voluntad. Los niños están dormidos, quizás en medio de sus padres, en un solo colchón grande. El «no puedo» significa «no quiero». Triple negativa: a levantarse, a abrir y a dar.
- V. 8: ¿Hará el amigo gruñón lo que dice? Dividido entre sus problemas y sus deberes, entre sus deseos y su amistad, no tendrá más remedio que decidirse. Pero el relato se interrumpe aquí. Y es el relator el que prosigue con un comentario: el que estaba dormido, una vez despierto, se levantará -dice- y le dará todo lo que necesita. Entonces triunfará la hospitalidad. No ya en nombre de la amistad, sino «a causa del descaro de aquel hombre».
- La parábola no tiene ninguna aplicación, como si Jesús y luego Lucas se hubieran agotado en resolver los dos enigmas de la misma parábola: ¿cuál fue el gesto final?, ¿y cuál fue la motivación? En este caso la falta de aplicación, a diferencia del v. 13, tiene una función retórica o didáctica. ¿Puesto que habéis sido interpelados («¿quién de entre vosotros?», v. 5; «os digo», v. 8), qué es lo que pensáis vosotros? Entonces caben dos respuestas. La primera se refiere a Dios: como el personaje central de la parábola, Dios «da», a pesar de todas las reservas que pudiera tener. La segunda se refiere a los creyentes: seguid el ejemplo del que pide, no vaciléis, ¡pedid! En los dos casos -y lo confirma el contexto- se trata de la oración. En el primer caso la parábola expresa la bondad de un Dios, quizás dormido, quizás descontento, pero que no rechaza a sus amigos. En el segundo, la parábola anima a los fieles, desamparados, a llamar a pesar de todo a la puerta buena. Por el contexto inmediato («y yo os digo: Pedid...», v. 9) y por el comentario que hace de la parábola cercana (18,1), el evangelista insiste en la segunda interpretación. Por el contrario, la estructura de la parábola sugiere que la tradición y el material propio de Lucas conservaron la primera. Por lo demás, las dos orientaciones no son incompatibles.
- Vv. 9-10: Temáticamente, prosigue una enseñanza sobre la oración, insistiendo en *la responsabilidad del orante*. La pareja «pedir»-«recibir» es frecuente en la Biblia. Lucas la utilizó en el sermón de la llanura: «A cualquiera que te pida, dale» (6,30). A propósito de la oración, volvemos a encontrarla en el v. 13. La voz pasiva se refiere en este contexto a Dios y el futuro al tiempo que sigue a la oración (no corresponde necesariamente a la parusía). Lucas comparte con Jesús, y con todo el judaísmo de la época, esta certeza de que la oración es acogida. La pareja «buscar»-«encontrar» está también anclada en el NT. Lucas recurrió a ella en el episodio de Jesús a los doce años (Lc 2,44.46.48). El contenido de la búsqueda no se concreta, es general. Esto no impide que el contexto (v. 13) evoque los bienes propios de Dios. El texto nos invita, pues, a pedir por nuestra vida, sin separar lo material de lo espiritual, el pan, bajo su doble forma de alimento y de palabra (11,3) y todo lo que nos mantiene en contacto con Dios, lo que tiene que ver con su Reino, lo que corresponde a su voluntad y lo que él intenta concedernos. De este modo no salimos de este mundo, sino que lo habitamos a la luz de Dios, bajo su inspiración (cf. v. 13, en donde se promete el Espíritu santo). Esta búsqueda, que confirma la petición, tiene asegurado el éxito. La tercera pareja: «llamar»-«abrir» hace pensar inmediatamente en la puerta de la parábola. El texto no indica aquí ninguna condición para el éxito de la empresa. Es una llamada a la confianza, a la iniciativa. Pero a la

iniciativa de «vosotros», es decir, de los que tienen la fe y el gesto justo para con Dios y para con el prójimo. El v. 10 confirma todo esto ampliando el horizonte (cf. «todo el que»).

➤ El texto de los versículos 11-12 es complicado y su sintaxis difícil. Sin embargo, está muy claro lo que quiere decir Jesús. Existe un fondo humano común que es bueno; una actitud espontánea y natural, marcada por lo que es correcto, honrado y generoso. Dentro del corazón humano no ha sido totalmente viciado el orden de la creación. Los ejemplos escogidos evocan el alimento diario de Palestina, a orillas del mar. Hay sin duda un *crescendo* entre los contra-ejemplos: la piedra es inofensiva, la serpiente, pero sobre todo el escorpión, son mortalmente peligrosos. Pero el hijo pide vivir; pide alimento. Piensa en algo habitual, pero también esencial, vital. Los ejemplos añaden una crueldad odiosa a una simple malicia, ya que una piedra puede parecerse a un panecillo, una serpiente a un pez, y un escorpión grande encogido a un huevo.

➤ En el v. 13, la conclusión está sacada lógicamente de un razonamiento “de menos a más”: si el bien puede surgir del mal, del bien no puede menos de surgir un bien mayor. Lucas comparte el diagnóstico que Jesús traza de la raza humana: «a pesar de ser malos». Este diagnóstico pesimista corrige y completa el diagnóstico optimista que presuponían los ejemplos (vv. 11-12). No se aduce ninguna prueba de esta malicia, ya que solo hay que apelar a la evidencia y a la experiencia. La sabiduría realista de Jesús sabe alegrarse (los humanos pueden obrar bien) y lamentarse (los humanos son malos). Los ejemplos anteriores, precisa el v. 13, demuestran que los padres saben «dar buenos dones» a sus hijos. Se trata de un saber que engendra el amor paternal y maternal. El texto insiste en el bien que sale de esos seres malos: «dar dones buenos».

Dios, según este razonamiento, debe ser llamado aquí «Padre». Lucas añade el enigmático «el del cielo», con una doble asociación gramatical posible: se trata del Dios que se da a conocer «del cielo» (vinculado a la palabra «Padre») y del Dios que ofrece sus dones «desde el cielo» (vinculado al verbo «dar»). Lo que dará Dios, según Lucas, es el Espíritu santo, anticipación del Reino. Es por el Espíritu por quien el reino de Dios surge anticipadamente. Esta mención del Espíritu santo es rara en el Evangelio, ya que Lucas no concibe su difusión más que *después* de la obra realizada por Jesucristo. Si Jesús vive ciertamente del Espíritu (desde el seno materno: 1,35, y desde el bautismo: 3,22), los discípulos solo gozarán de él después de Pentecostés. Tendrán que esperar en Jerusalén a que finalmente puedan compartir (Hch 2,1-21) el Espíritu prometido (24,49; Hch 1,4). Esta mención del Espíritu santo no implica que Dios no acoja más que las súplicas *de tipo espiritual*. Los ejemplos concretos de los vv. 11-12 se oponen a esta idea. El don del Espíritu de Dios puede presentarse bajo la forma del pan de cada día, de un afecto humano o de un acontecimiento feliz. Lo mismo que el AT, tampoco el NT disocia radicalmente los bienes espirituales de los bienes materiales.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?